

senta seductora por lo engalanada y graciosa. Detener, atar, amordazar; eso permite saturarse unos momentos más del goce prostituido de la injusticia.

Así queda explicado que se combata la libertad del arte. Y así se podrá distinguir *á priori* los que combaten tal libertad, los cuales, parafraseando un célebre principio, sólo pueden ser de dos clases: los que no la comprenden y los que la comprenden demasiado.

¿Verdad que se explica perfectamente, ahora, por qué en la información que se practicó en Francia acerca de la libertad del arte, fuesen precisamente los individuos de determinada escuela los que la aceptaban y defendían en toda su integridad?

Mario Antonio.

París, abril, 1903.

ALBORADA

Despierta de su sueño la gran Natura;
Ténue fulgor alumbra el ingente espacio;
Y con premura
Va empujando las sombras de noche oscura
Al fondo tenebroso de su palacio.

Bórranse de la Noche las negras huellas;
Escóndese la luna tras de los montes;
Y, siempre bellas,
Su luz van apagando miles de estrellas
Ante la luz que esmalta los horizontes.

Son las primeras horas de la mañana;
Viste el cielo, que fulge con esplendores,
Zafir y grana,
Y la Aurora riende leda engalana
Con aljofar brillante las gayas flores.

Y cuando sienten ellas, tras de la noche,
De esas líquidas perlas el fresco aliento,
Abren su broche
Y, generosas siempre, como un derroche
De fragantes esencias lanzan al viento.

El céfiro sūave blando susurra
Entre esas mil estrellas que tiene el día,
Y hermosa y pura
Brotó de entre el ramaje de la espesura,
Cual música divina, dulce armonía.

Es que los pajarillos de la enramada
Van pulsando sus liras maravillosas
En la alborada,

Y arranca de esas liras canción sagrada
Llena de notas bellas y misteriosas.

Y hay trinos y gorjeos encantadores
Y música de fuentes murmuradoras,
Y, ansiando amores,
Cantan tiernas endechas los ruiseñores,
Y cantan las alondras madrugadoras.

Al concierto que entonan los pajarillos,
Dulce como el arrullo de las palomas,
Los pastorcillos
Unen, al ir tocando sus caramillos,
Gratas notas que alegran valles y lomas.

En tanto, brilla el aire con más fulgores
Y adornan á Natura más bellas galas;
Y, ansiando amores,
A las tiernas canciones de los pastores
Responden con las suyas lindas zagalas.

Flores, pájaros, fuentes, fulgores de oro,
Ritmos, cadencias, notas y voces puras
En dulce coro,
Diríase que entonan himno sonoro
Que al Señor glorifica de las alturas.

¡Oh! Por eso parece, tras de la noche,
Cuando abren las estrellas que tiene el día
Su lindo broche,
Que palpita en los aires como un derroche
De esplendores, de aromas y de armonías....

Mas ya el fulgor se torna luz esplendente;
Y esa luz más intensa que así ilumina
Brillantemente,
Va rasgando en girones pausadamente
El manto vaporoso de la neblina.

Y presidiendo entonces el armonioso
Concierto que en los aires suena vibrante,
Grande, eterno, divino, áureo y hermoso,
Del fondo de las olas, magestuoso,
Va subiendo á los cielos el sol radiante.

Agustín Safón.

Vinaroz, Abril 1903.